COSAS DEL CIELO

Carlos Jesús Urda Andrades

COSAS DEL CIELO

Carlos Jesús Urda Andrades

avant
editorial
www.avanteditorial.com

Primera edición, julio de 2026
© Carlos Jesús Urda Andrades, 2026

Maquetación y diseño:
Avant editorial
Avenida de Londres, 6, Portal 1, Atico A,
28500 Arganda (Madrid)
www.avanteditorial.com
info@avanteditorial.com

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com)

ISBN: 9791388206870
Thema .DCG - DC - DNF - DPS
DEPÓSITO LEGAL: M-16989-2026

Dedicatoria y agradecimientos

Mi dedicación está dirigida a mis niños, que son mi padre y mi madre, que han vivido en una bonita residencia de mayores de Medina Sidonia, rodeados de mis tíos y primos. Esta residencia es un paraíso rodeado de alcornoques, algunos pantanos y muchas palabras y pensamientos. Es una residencia que a ellos les ha servido como aprendizaje para tratar a las personas. Mi madre le caían bien a todos y mi padre, con un toque algo paranoico, creía que uno que llevaba una mascota era un soldado de las SS. Con el tiempo, o sea, con los años, a mi madre le daba miedo mi padre en la oscuridad porque le hacía morisquetas y entonces cambiaron a Juan el de la mascota a la habitación de mi padre y han convivido como las personas pacíficas que son. Adiós a Juan, Macarena, María, Fátima, Patricia, Marcos, Esmeralda y, cómo no, al director y a la subdirectora de Edad Dorada.

Hola, residencia El Palmeral, aquí jugaréis otra nueva vida.

En fin, esta dedicatoria la dedico a mis padres.

El agradecimiento se lo doy a mi hermano Andrés José, que conducía más de cuatrocientos kilómetros desde Málaga hasta La Línea de la Concepción y luego hasta Medina Sidonia y luego la vuelta. Se ha comportado como un gran hijo, hermano, sobrino y primo, eres un campeón y un magnífico conductor.

CAPÍTULO 1

Desde el cielo escribo mi vida con la seguridad de que Dios no me lo impedirá, ya que le he pedido permiso como a todos los padres se les ha de pedir. Me llevé la mano a la barbilla y comencé a escribir entre las nubes, cómodamente en un sillón de nubes blancas. El pueblo de abajo se llama San Martirio. Allí, al contrario de su nombre, se vive feliz y en paz. Desde mi balcón celeste veo los atascos de salida y entrada a los trabajos. Tengo una vista superdotada, veo las nubes blancas que proceden de la refinería, las máquinas funcionan con agua y con desechos biológicos. Antes era un martirio, el refinamiento del petróleo provocaba muchas muertes, sobre todo por cáncer. Eran muchos los que me rechazaban por mi labor. Pero yo era un chico con estudios, no exageradamente, pero con estudios. Desde la crisis anterior trabajé de barrendero. Me ganaba la vida limpiamente.

—Punto y aparte, Basilio —me dijo el ser supremo—, ahora debes barrer las nubes, las cenizas de un incendio han subido y han teñido de negro toda esta zona.

Me levanté de mi cómodo sillón, metí mi cuaderno y mi pluma dentro de mi cajón de nube, salí del cuarto y vi la tizne que había soltado todo el matorral de la sierra sobre el cielo.

Cogí la superescoba y en unas horas todo el hollín desapareció. A veces pensaba que si no me hubiera muerto, hubiera formado una gran familia, con una mujer cariñosa, sencilla y hogareña. Como mínimo, hubiera tenido cinco hijos, me hubiera gustado más hembras que varones, ya que las hijas tiran más para su familia.

Una vez terminado el trabajo, cogí un ojo de Dios y lo introduje en el televisor particular de mi cuarto celestial. Me senté en el sofá de nube azul marino. En las paredes tenía fotografías de seres queridos vivos, estaba deseando que se murieran para que estuvieran en este lugar tan tranquilo y fértil. Para los que no lo sepan, en el cielo se come carne, frutas, verduras, cereales…, hay muchas hectáreas de campo a lo largo del cielo. Los peces son criados en piscifactorías. Hay muchas personas y ángeles aquí en el cielo y si leísteis sobre la multiplicación de los peces y los panes, aquí pasa igual, siempre hay comida en abundancia.

Para quien no sepa qué es un ojo de Dios, es un canal que conecta la señal con un satélite de Dios gracias al cual todos los que hemos muerto vemos por una televisión a nuestros seres queridos en la tierra paseando, trabajando, comiendo y, cuando vemos que están en peligro y nos da tiempos a salvarlos, pues les tendemos una mano. Afortunadamente, Dios cuida a toda la familia. En San Martirio se trabaja, nacen niños y luego cantan canciones de cuando eran pequeños y de cuando eran más mayorcitos. Algunos creen que San Martirio es un pueblo, pero tiene más de cien mil habitantes. A mi padre lo veo cansado y mi madre se pone muy lastimosa cuando me recuerda. Mi muerte se produjo un día de lluvia, iba en moto, miré el reloj por un momento y un coche se me echó encima, venía de regreso de un pueblo vecino de despedir a mi novia. «¡Hasta el viernes!», le dije.

Todos los compañeros de clase fueron al cementerio a despedirme. Yo andaba entre ellos, los atravesaba, vi a mi novia y a algunos chicos y chicas llorar por mi infortunio. Pero me encontraba bien, la muerte es la gloria. No hay por qué llorar ni sufrir. Un ángel, de los de más confianza del supremo, se acercó a mí y me dijo:

—Basilio, si las gentes del mundo supieran ciertamente que hay un paraíso celestial, tal vez la gente no se casaría y dejaría de tener hijos, se perderían el interés por el trabajo y las ganas de seguir viviendo cuando se está enfermo. Creo que las personas del mundo deben tener el miedo a la muerte, si no, sería muy fácil no luchar. La gente para salir de pobre buscaría el dinero fácil en las camionetas acorazadas de los bancos sin importarles que les pegaran un tiro porque Dios da más de una vida en la tierra.

Las clases de Religión que nos da Jesús, el salvador de almas, siempre son gratificantes, salimos del aula como con más ganas de ayudar a los mundanos y a los fieles, porque lo mismo son lo unos que los otros, ¿o acaso el que roba no se puede arrepentir? Incluso gente mala que ha matado a miles de personas tiene el perdón de Dios si en su alma queda un suspiro de esperanza de cambiar. En la última clase nos enseñó que para él todos somos iguales, asesinos, ladrones, fornicadores…

—Hermanos —dice Jesús—, estando en el cielo no debéis preocuparos, mi padre sabe lo que hace. Aquí nadie va al infierno, salvo los que matan de corazón y se divierten. Los que han sido malos son condenados a hacer durante algunos años servicios para la comunidad en el paraíso celestial y, en vez de agua purificada, beben agua amarga del grifo.

En clase, el maestro tiene una fotografía de su padre y de su madre por encima de la pizarra. Son las fotografías reales.

—Me pregunto cómo estará hoy nuestro «padre».

Jesús contestó:

—Está un poco amargado desde que hace milenios, el diablo le echó un veneno en su copa de vino. Los dolores de estómago son muy malos, toma una pastilla al día para tener un día sereno. Pero el pobrecito se va agotando con el paso de los años. El diablo le ha pedido perdón alguna que otra vez para comenzar junto a él un nuevo mundo. Junto a él no significa que gobiernen juntos, sino que lo perdone y que sea como uno de los demás. Pero él está aún muy cabreado y su justicia de condenarlo a los abismos estuvo y está determinada.

Después de clase, me voy a ejercitarme al gimnasio de los ángeles predilectos. Yo soy muy joven para que me hagan hijo predilecto, no hace ni dos decenios que estoy entre las nubes, me quedan muchos años de clases para ganarme su confianza. Después, me someterán a la prueba del polígrafo, por si de verdad amo al creador. Yo, de los veinte años que llevo aquí, la única queja que tengo es que quiero ser como uno de sus ángeles. Fuerte, rápido, ágil y muy inteligente, muchas veces más que Einstein. Mucho más rápido que Superman, más fuerte que Hulk y más ágil que Spiderman. Parecen cosas de niños, pero, cuando veo al personal actuar, me entran deseos de que Dios me convierta en ángel.

Entre nubes se está muy bien, yo le tomé el gusto desde el primer día. Me dijo el ángel:

—No te acostumbres a estar tirado en la cama de nubes porque te vas a volver vago. En cuanto suene el despertador, te duchas, desayunas una buena rebanada de pan tostado con aceite y un café, coges tus bártulos y barres los escalones del cielo, que hace ya algún tiempo que no les das una pasadita. Ya ha habido reclamaciones porque la gente trae los pies negros y tienen que esperar horas y horas hasta que les abren las puertas del cielo. Imagínate, Basilio, que traen virus de esos de laboratorios.

Le dije al ángel encargado de obras y limpiezas:

—Pues ya nos encargaríamos de eliminarlos, para Dios no hay nada imposible. Dios sabe más de virus y bacterias patógenas que todo el cuerpo médico del mundo entero. Ángel, pero si hoy es un día séptimo, es un día sagrado, ¿por qué me pones a trabajar?

—A nosotros, los ángeles, nos toca regar la gran huerta y recoger las frutas, las verduras y demás. Después de recoger los productos de la huerta, los enjuagamos y los llevamos en bolsas de nubes frescas a la cocina del cielo, donde los mejores cocineros hacen proezas para el paladar, ¿por qué motivo tú no ibas a poder limpiar la escalera y el templo de mármol?

—Estupendo, que todo sea por el bien.

CAPÍTULO 2

En el cielo se está estupendamente. Abrí el cajón de nubes y comencé a escribir.

Hoy, en mi cuarenta y un cumpleaños, he soñado con mi casa de San Martirio, ha sido tan real que casi me apetecía quedarme a dar clases de Matemáticas en la Facultad de Psicología. Aquí en el cielo la memoria de las vivencias en la tierra es tan lúcida como mirarse a un espejo. Desayuno cereales rellenos de chocolate con leche. El chocolate del cielo no engorda, ya que Dios lo transformó de tal manera que tiene el mismo sabor, olor y cremosidad, pero sin colesterol y sin calorías. Mi salón comedor no es muy grande y tiene una pantalla de vidrio donde puedo ver mil canales, un sofá de tres plazas y un sillón relax. Ahora con el frío, en otoño, me ponen una alfombra y calefacción. La ropa me la han cambiado por una invernal, aquí arriba hace más frío que en el mundo. Me subo las cremalleras de mi chaquetón y de mi pantalón polar y salgo al cielo, dejando en el comedor los platos sucios en el lavavajillas para encontrármelos limpios cuando vuelva.

Al cerrar la puerta, me doy cuenta de que un par de zombis vienen escaleras arriba. Cuando llegan al cielo, se sientan en los bancos de mármol. De repente, se me quitó el hambre. Cuando

Pedro les abrió las puertas del cielo, aquellos zombis pasaron delante de mí y me guiñaron un ojo. Tenían la aprobación de Jesús para vivir aquí hasta nueva orden. Zombis en el cielo, para Jesús aquello era normal, para mí no tanto. Había visto muchos reportajes en internet de hombres y mujeres que eran enterrados tras un hechizo, drogados por unos polvos amarillentos. Cualquiera de nosotros se puede volver zombi. Eché a andar con mis bártulos para limpiar la zona de las escaleras. Allí me encontré un mechero con unas letras que decían: «Discoteca Zombi». Me lo guardé en un bolsillo, ya que era de uno de los muertos andantes. Cuando eché la vista atrás, me fijé que para colmo eran mis vecinos. Un ángel le había dado a la pareja las llaves de su casa. La escalera del cielo estaba manchada de sangre cuajada y delante del recibidor del apóstol Pedro había una horrorosa mancha de sangre con virus de una identidad nueva. Con el móvil, llamé al palacio glorioso, desde allí me habló un ángel.

—Eso no puede ser, Pedro jamás hubiera dejado pasar a la gloria a unos muertos vivientes.

—Pues sí, además, los dos me guiñaron un ojo y se les iluminó con un color rojo sangre.

—¡Imagina menos, Basilio, imagina menos! —pronunció el ángel.

—Me ha colgado, el muy desgraciado.

Ya por la tarde, después de barrer la escalera desde el principio, toda la suciedad la eché por el aire camino al mar, ¿qué más daba un poco más si hay contaminación radioactiva que transforma a los peces en pequeños monstruos? A unos diez metros estaban mis nuevos vecinos poniendo macetas en los alféizares de sus ventanas.

—Buenas tardes, usted tiene una bonita casa —me dijo.

—Sí, unas tejitas por aquí, otras por acá, unas ventanas decoradas al estilo Gaudí.

—¿Gaudí? ¿Quién es ese?

—Era un arquitecto con un sentido innato para la geometría y el volumen.

—¡Ah, pues está muy chulo!

—¿Nos habla un poco más sobre Gaudí?, estamos interesados.

Los dos vecinos cortaron de repente y se presentaron:

—Perdone, yo me llamo Eduardo y ella es Carol, mi mujer.

Yo me presenté igualmente:

—Entrad y sentaos, por favor.

Carol se ausentó por unos minutos para traer el café de su casa.

—Aquí traigo una camarera con una tetera para tomar un buen café al amor de la lumbre. ¿Qué le parecen las galletas?

—Están rellenas de mermelada de melocotón y estas de fresa.

—Yo soy muy goloso.

En aquel momento me acordé de que podían estar ocultándome cosas que yo debía saber para desbaratar algún plan macabro.

—¡Ah, ostras! ¡No me acordaba! ¡No me acordaba! Debo hacer mis ejercicios espirituales. ¿Vosotros no lo hacéis?

—Pues… no, ya os avisarán para aprenderlos.

—Bueno, pues muy buenas, nos vemos.

Salieron del patio y entraron en su jardín. Estaba nervioso, no acertaba a meter la llave en la cerradura. Al fin abrí la puerta y esta se cerró pegando un portazo por culpa de la corriente de aire que había entre la buhardilla que estaba abierta y la puerta de la casa. Miré por todas partes, por debajo de la cama, en el armario,

en el lavadero, detrás del sofá, en la buhardilla, hasta en el congelador. Luego me dediqué a mirar por el visillo.

«¿Qué te parece?, ¡comiendo galletas de fresa! ¡De sangre! Quién sabe de quién procederá esa sangre. Espera, Basilio, quizás estás adelantando acontecimientos».

Tal vez fueron zombis, pero ya no. Dios los habrá transformado y por eso Pedro les ha abierto las puertas de la gloria. A unos metros de mi casa, estaban los dos, Eduardo y Carol, disfrutando mirando el paisaje terrestre a gran altura; les entraba vértigo, pero se reían con las cosquillitas, y recuerdo que también las tuve en mi tiempo. Allí se quedaron sentados. Más tarde, salieron a regar los geranios y el árbol de Navidad con agua caliente, eso para ellos era muy reconfortante. Yo barrí las hojas secas que habían caído del falso castaño, me entretuve silbando junto a mi escoba y mirando de reojo un par de minutos. «¿Y si en realidad no hay por qué tenerles miedo? Pero ¿y aquel guiño de ojos color sangre?».

Me despierto en un día invernal ventoso, creo que va a tirar las casas hechas de nubes armadas con granizo. ¡Ah, no recordaba, esto está hecho como un iglú! El cielo cumple a rajatabla las estaciones del año. En verano, nos trasladamos hacia una parte donde pega menos el sol. En fin, hoy es domingo, día de descanso, aquí los días pasan volando.

Ayer estuvieron aquí los vecinos, les enseñé el invernadero, andaban como si estuvieran en la Expo del 92, se paraban, miraban y se quedaban admirados.

—Basilio, qué buena maña te das con las plantas, ¿ fuiste jardinero en la otra vida?

—No, esta afición me viene de aquí.

Carol habló por primera vez desde que nos conocimos:

—¿Me podrías dar un par de plantoncitos de los geranios de ahí fuera?

—Sí, mujer, cógelos tú misma.

Mientras ella fue a coger los plantoncitos, yo hablaba con Eduardo de apenas nada, era un hombre que no tenía conversación. Solo observaba, me miraba con una mirada profunda y, cuando yo volvía la cara para ver otra planta, me lo encontraba mirando el interior del salón.

—Por lo visto te gusta más mi casa que el invernadero. Una pregunta, Eduardo, ¿tú eres un zombi?

—Mi mujer y yo fuimos zombis en la tierra unos meses. La historia fue rápida, una hechicera nos invitó a su casa con una sonrisa espléndida y humilde, eso era lo que aparentaba. Nos drogó con unas bebidas y al poco tiempo, cuando despertamos, estábamos entre tejas. Nos encerró en una jaula y nos daba de comer perros y gatos, nos troceaba la carne y la devorábamos.

Pensé: «¿Estará intentando de ganarse mi confianza siendo tan sincero o es que lo he cogido desprevenido?».

Lo cierto es que, cuando se fueron, me dejaron un estado de ánimo entre alegre y temeroso. Agacharon la cabeza y se metieron los dos en su casa. Me dejaron con ganas de saber, aunque luego les pregunté, por ejemplo, en qué trabajaban, qué pecados cometieron, qué cara puso Pedro, si hicieron la primera comunión y la confirmación…

—¿Os casasteis vírgenes?

—¡Por supuesto que éramos vírgenes!, ¿en qué pensaba? —me contestó Eduardo furioso por la bandada de preguntas tan delicadas.

—Bueno aquí en el cielo se puede hablar de todo. Hasta que sale el ángel del látigo de fuego, todo tiene un límite.

—¡¿Y quién es ese angelucho?! ¡Uno del cielo que se cree más que nadie!

—Bueno, está bien, Eduardo, no hablemos más, cada uno para su casa y ya está.

Se escuchó un portazo que hizo retumbar las paredes y los retratos de mis padres y mi hermano se volvieron a ladear, y eso entre los supersticiosos mundanos se llama muerte de un niño. Al próximo día, fui a correos para echar una carta para Dios.

—¿Y esa carta?, ¿por qué no le ora al padre?

Y yo le respondí:

—Él lee la mente y a veces es difícil conectarse telepáticamente sin que haya testigos por medio.

Cuando llegó, la leyó y me respondió muy severamente:

—Aquí en el cielo todos sois hermanos. Si a esos vecinos que tienes no los soportas, es porque has hecho algo que les ha herido en lo más hondo de su corazón. Ve a ellos y pídeles perdón, ya verás qué reacción tan hermosa ocurre.

Les pedí disculpas, por las preguntas con las que les acribillé. Ellos sonrieron y me invitaron a un té que me supo a gloria. Cuando me despedí y entré en casa, me sentí muy satisfecho. Estaba en el jardín delantero, cuando llegó el cartero.

—¿Basilio?

—El mismo que viste y calza.

—Una carta del todopoderoso.

Así decía la carta:

Estimada criatura:
Dios te ofrece trabajar en sus jardines de palacio. Ha observado desde su habitación de descanso y desde la oscuridad de su habitación que eres uno de los mejores jardineros que ha habido a lo largo de la historia de la humanidad, los jardines de La Alhambra se quedan encogidos comparados con los cipreses de tu jardín. Ven pronto, hasta luego.